

DE LA CRONOLOGIA Y ORIGEN DE LAS CULTURAS DEL NOROESTE ARGENTINO

POR CIRO RENE LAFON

ALGUNOS ANTECEDENTES

La primera tentativa de dar una disposición cronológica a las culturas arqueológicas del noroeste argentino fué propuesta por Uhle (1912) en un opúsculo de indudable trascendencia. Entendiendo que una cronología tal "es relativamente fácil" (p. 511), dado el contacto de las civilizaciones argentinas con los Incas, propone tres períodos de desarrollo: I) período de los vasos draconianos; II) período preincaico de los vasos propiamente calchaquíes (Santa María, Pampa Grande, Amaicha) y III) período de los Incas, donde va incluida la última fase de la evolución cultural local. Esta genial intuición, producto de la aplicación rigurosa del método tipológico y preñada de sugerencias útiles, no fué aprovechada por sus contemporáneos que la dejaron pasar sin mayores comentarios. Muy otro hubiera sido el tono de la arqueología argentina si esta hipótesis de Uhle hubiera sido elaborada.

Diez años más tarde un trabajo de Boman (1923) demostró que la cronología del sabio alemán no era ignorada. Una crítica severa y menuda, no del todo acertada, nos muestra un Boman que sigue todavía acérrimo defensor del origen incaico de las culturas argentinas. Declara que se sabe muy poco acerca de la cronología prehispánica, que "toda la cultura diaguita da la impresión de ser bastante moderna" (p. 27), que todo es una unidad, que los estilos santamariano y draconiano son contemporáneos y que perduran hasta la época de la conquista. Más aún, que son mucho más modernos que Tiahuanaco. Esta última afirmación dirigida especialmente contra Debenedetti que unos años antes (1912) se ocupara del mismo tema en relación con

aquel horizonte panperuano. No deja de ser interesante que mientras esto ocurre en nuestro país, un especialista extranjero (Means, 1917) había aceptado como digna de crédito la proposición de Uhle.

Inmediatamente Uhle (1923) refirma su cronología perfeccionando algunos detalles y aumentando los testimonios que, a su juicio, vinculaban las culturas argentinas con las del Antiguo Perú. Tan convencido estaba de su teoría que no vaciló en derivarlas directamente de aquéllas. Esa fué su respuesta a la crítica de Boman.

Con la nueva postulación de Uhle concluyó esta polémica iniciada con tanto brío. De haber continuado, quizá hubieran terciado otros arqueólogos dando algún nuevo carácter a la cuestión. Pero no fué así; el asunto decayó y la cronología de las culturas del noroeste como tema especial de estudio, no atrajo a los estudiosos hasta mucho tiempo después. Esto no significa que en monografías publicadas durante ese largo lapso no existan referencias de ese tipo, pero siempre en función de casos especiales. Debenedetti (1928) que estudió las relaciones culturales prehispánicas de la zona, y Casanova (1930) que menciona a Uhle, son una prueba de nuestra aseveración. Es notable el primero porque sienta una afirmación rotunda: la no existencia de una unidad cultural; y el segundo, porque entronca el origen de la cerámica Barreales con Nazca y Chimú.

La aparición del tomo primero de la *Historia de la Nación Argentina*, consagrado por entero a los tiempos prehistóricos y protohistóricos, no aportó nada nuevo a nuestro tema. Una serie de pequeñas síntesis documentadas sobre cada una de las áreas culturales aceptadas en ese momento, se limitan a presentar el estado del conocimiento, a veces, muy someramente. Falta a este tomo unidad de enfoque. Hubiera requerido una síntesis total que diera sentido cronológico y perspectiva histórica. Lo curioso del caso es que un trabajo sobre cronología diaguita ve la luz ese mismo año firmado por uno de los colaboradores de la historia citada (Serrano, 1936), a quien, por azares de imprenta, le tocó, en esa oportunidad, ocuparse del litoral.

Serrano (1936), con su *Cronología Diaguita*, retoma el asunto especial abandonado desde 1923. En una presentación esquemática esboza una nueva cronología que abarca toda el área calchaquí, que comentaremos en detalle más adelante con motivo de su publicación en nuestro país.

Dos años más tarde el mismo Serrano (1938) en un libro "de investigación histórica, de crítica y de doctrina" (p. 7) brinda a los estu-

diosos un nuevo ensayo de cronología para la región diaguita. Hay en él verdadera doctrina: como tal, clara y explícita. No existe unidad cultural y hay “estrechísima relación” con las culturas antiguas del Perú. Inspirado en ideas de Uhle dispone un cuadro en cuatro períodos: I) salvajismo; II) desarrollo de las culturas locales; III) compenetración de éstas y unificación del idioma, y IV) de los Incas. En el segundo período hace derivar las “facies” draconiana de las culturas protoides y Recuay, con anterioridad a la llegada de los elementos calchaquí, que supone originados en Ecuador con posterior influencia de Tiahuanaco; en cuanto a la “facies” Angualasto, se originaría en Nazca epigonal y se desarrollaría luego hasta recibir influjos del sector draconiano.

La posición de Serrano es definitiva: la cultura draconiana es anterior a la calchaquí; se compenetran luego con unificación del idioma y este momento de evolución se ve perturbado por la conquista incaica (?) y la dominación española, de tal manera que su desarrollo no fué completo. El esquema de Uhle se ha perfeccionado, si bien sus ciclos de cinco siglos permanecen; la cultura chaco-santiagueña es introducida en el complejo del noroeste y sólo permanece en pie una afirmación de Boman: la contemporaneidad de las culturas barreales y calchaquí. Para Serrano, barreales es anterior sólo en cuanto a su establecimiento. El período I, es aceptado hipotéticamente y todavía, denominado del “salvajismo”.

¿Qué suerte cupo a este formidable esfuerzo? No mucha al parecer. Pasó sin mayores comentarios, conocido y casi olvidado. Hubo de transcurrir algún tiempo hasta su reivindicación. Quizá el carácter admonitorio y polémico de su libro, en un momento de ánimos caldeados, hicieron olvidar su capítulo octavo, a nuestro juicio, lo más valioso de aquél. Corresponde a Imbelloni (1941) la oportunidad de hacer notar la importancia de los estudios de Serrano y de abordar el problema cronológico. Afirma que éste sigue muy a la letra la apreciación en años de Uhle; que de todos modos no se trata de una sustitución de culturas sino de yuxtaposición; que las concordancias con el Perú no han sido hechas según los estudios más recientes y que, puesto que se trata de culturas que duraron hasta la conquista, no debe dárseles una fecha tope. En términos generales —de acuerdo con la época— rejuvenece las fechas. Pone de manifiesto, sin embargo, la magnitud del esfuerzo. A la vez, distingue cuatro creaciones estilísticas a las que deben asignarse un orden cronoló-

gico: I) figurinas modeladas, que deben asimilarse a la vieja cultura arcaica centro-americana; II) urnas con caras y torsos humanos, de representación naturalista y sin pintura, asimilables a las colombianas, ecuatorianas y peruanas antiguas; III) urnas con caras y torsos humanos con estilizaciones pintadas de estilo draconiano, asimiladas a Recuay y Tuncahuán, y IV) urnas santamarianas y de Andalgalá. Estima que esta secuencia tipológica ayudará a la cronología y pondrá de relieve las correlaciones continentales de la arqueología diaguita. Esta hipótesis de trabajo de Imbelloni no corrió mejor suerte que las anteriores. Un acentuado localismo presidía todavía los estudios arqueológicos argentinos.

De las obras aparecidas en la última década son tres las que merecen especial mención. En primer lugar Difrieri (1948) hace estratigrafía en sus excavaciones en Payogasta (Salta) por primera vez en el noroeste. Demuestra así la continuidad histórica del estilo santamariano hasta la época inca imperial y marca la presencia del horizonte incaico en toda su amplitud. La importancia de esta breve comunicación debe ser justicieramente notada. En segundo lugar, Palavecino (1948) encara el estudio sistemático del país en áreas y capas culturales de manera tal que nada escapa a su interés. Discrimina según su patrimonio las tres "facies" diaguitas, pero, desgraciadamente para nosotros, aunque no deja de reconocer la posibilidad de diferencias temporales, no se ocupa de ellas. Finalmente Bennet (1948, a), y sus colaboradores en un verdadero ejemplo de investigación dan cima a una tarea que nunca los especialistas argentinos se decidieron a iniciar: el estudio general de la arqueología del noroeste.

No es nuestro propósito ahora hacer una reseña crítico-bibliográfica de esta obra que ya ha sido cumplida por otros autores (González, 1951) pero sí destacaremos cuáles son, a nuestro parecer, las novedades en cuanto al planteo de problemas arqueológicos que trajeron a la palestra Bennet y sus colaboradores. Por eso, dejamos de lado las limitaciones y críticas que pueden hacerse a una síntesis semejante, que por otra parte fueron reconocidas por sus autores (Bennet, 1948, *Preface*). La primera novedad consiste en la división geográfica, que aunque no acorde siempre con la realidad cultural, sirvió para sistematizar la abundante bibliografía; la segunda, la incorporación, definitiva ya, de la cultura chaco-santiagueña al área diaguita; la tercera, la confección de cuadros cronológicos parciales y uno total; y la cuarta, a nuestro juicio la más trascendental, la exacta definición

de estilos cerámicos que, con todos los yerros de un trabajo casi puramente bibliográfico ha concluído con la anarquía de nomenclatura en la que nos debatíamos. La cronología total merece en verdad párrafo aparte. Según se desprende del cuadro general (fig. 26) las culturas y estilos han sido acomodados a los períodos vigentes entonces en el Perú, vale decir, en cinco, que incluyen uno Inca y uno Colonial. Los comentarios y conclusiones demuestran bien a las claras el resultado de una sistematización metodológica. En resumen, se trata de una monografía clásica ya y de un venero inagotable de sugerencias.

Poco tiempo después Ibarra Grasso (1950) da una nueva interpretación a la arqueología del noroeste basado en correlaciones continentales y en influencias amazónicas. En las últimas páginas, sin mayor especificación y sin acumulación de pruebas, resume sus conclusiones según tres períodos superpuestos: I) una capa cultural que corresponde a los primeros agricultores americanos; II) una capa de cerámica muy desarrollada, con la figura del dragón, llegada por difusión de las altas culturas de la costa peruana, y III) un período de invasiones de la cultura arawak, que produce culturas locales, que encuentran la expansión incaica y la conquista española. ¿Qué reflexiones nos sugiere esta presentación? La reivindicación del origen amazónico para las culturas locales, que no consideramos suficientemente probada. Para el resto, esperamos lo que el autor promete al principio de su exposición (p. 11): los detalles técnicos y las ilustraciones.

Serrano (1952) al poco tiempo revée algunas de sus ideas de años atrás e introduce algunas nuevas, como por ejemplo, la de una cultura básica, pero sigue admitiendo la contemporaneidad en el desarrollo de las culturas locales. Prefiere también usar el término "área" y no "cultura", aunque algunas variantes patrimoniales pueden corresponder a cronologías distintas. El cuadro cronológico que objetiva su pensamiento permite comprenderlo exactamente. Las influencias venidas de afuera modifican la cultura básica y se producen estilos cerámicos distintos que corresponden a culturas bien individualizadas.

En 1953, el mismo autor, vuelve sobre el mismo tema (Serrano, 1953). Enfrenta dos aspectos fundamentales de la arqueología diaguita: arte y cronología. Su cuadro cronológico de 1938 sufre alguna variante al introducir la cultura básica entre el salvajismo y las cultu-

ras locales. "No tiene inconveniente" en aceptar un origen aruaco para la cerámica pintada, pero no explica sus razones. En el aspecto artístico, define en el todo y en sus partes los estilos decorativos en la cerámica de cada cultura de manera harto eficiente; después de esta verdadera sistematización estilística ya podemos entendernos entre nosotros. Tiene la definición de estilos de Serrano la seguridad de quien maneja sus materiales y conoce su oficio, supera la de Bennet, pero no la anula, porque sin duda, es su antecedente inmediato.

A la misma época pertenece un libro de conjunto sobre las poblaciones indígenas del país que lleva la firma de Canals Frau (1953). No desarrolla específicamente el tema que nos preocupa pero algunas de sus proposiciones nos han parecido dignas de mención. Son las que aparecen en el capítulo destinado a la historia de los pueblos cacanos o diaguitocalchaquíes, según su nomenclatura (p. 486 y ss.). A estar de la afirmación de Canals Frau, los primeros pobladores de la "mayor parte del noroeste" han de haber sido huárpidos de cultura inferior; más tarde, el primer milenio antes de Cristo, "influencias andinas", procedentes de la montaña, transculturaron a aquella población y el elemento típico de este fenómeno es la cerámica Huiliche Monocroma; luego, llegan influencias de los llanos santiagueños portando elementos amazónicos, como el entierro en urnas, reducido más adelante a párvulos exclusivamente. Habla de otras influencias, sin mayor detalle, y finalmente, la influencia incaica. De este esbozo tan amplio hacemos notar varias discrepancias con ideas tradicionales: el impacto cultural peruano originado sólo en la sierra; el carácter pan-cacano de la cerámica huiliche monocroma y la importancia cultural del grupo huárpido. Nos queda una duda: si la urna santamariana debe adscribirse a las influencias amazónicas. Infortunadamente, no se extiende nuestro autor en otro tipo de consideraciones.

La información preliminar de González (1955) representa, prácticamente, la última palabra dicha acerca de la cronología relativa del noroeste. La sola lectura de su título nos pone ya en contacto con un concepto hasta ahora poco utilizado en los estudios arqueológicos argentinos: el contexto cultural. Una serie de contextos elaborados sobre investigaciones en el terreno y enriquecido con la seriación de los yacimientos que proporcionaron los materiales de la colección Muniz Barreto del Museo de La Plata permiten a González un planteo más claro del problema.

Su punto de partida es el diacronismo de las culturas y, sobre esta

base dispone su cuadro cronológico, válido para el área central de las provincias andinas. Así, desde un nivel precerámico nos lleva hasta un período colonial, precedido por uno hispano-indígena. (González, 1955, p. 12).

La primera comprobación que surge de la lectura del trabajo mencionado es la inseguridad en la nomenclatura; no sabemos la exacta integración que debe darse a las categorías superpuestas, ¿son “culturas”, o son “facies” o son “etapas”? En cambio no hay duda posible en lo que se refiere a la ubicación de los estilos cerámicos que corresponde a cada contexto. He aquí la ventaja que se nota, en claridad, en el estudio de González sobre el de Bennet. Es que por primera vez, en la larga serie de monografías arqueológicas de nuestra bibliografía, se ha elaborado una unidad de cultura en la que además de la cerámica se han utilizado otros elementos patrimoniales con ella asociados. La definición de cada contexto, Aguada, Ciénaga I y II, Belén, I, II, y Belén Inca, aunque no perfecta es efectiva; su posición cronológica, si no definitiva, es fundamentada. La amplitud de la secuencia, hipotética en mucha parte, es atractiva. Podrá sufrir variantes, pero ello no menoscabará su valor, puesto que su importancia radica en el hecho de que es el primer intento global. Sabemos que siempre resulta más cómodo elaborar, transformar o rehacer algo ya hecho que hacerlo de nuevo. Futuros estudios demostrarán, o no, algo que ahora aparece dudoso: la extensión al resto del noroeste y a las sierras centrales del esqueleto cronológico de Hualfín.

Complemento adecuado de aquella presentación preliminar fué el anuncio de una fecha obtenida merced al radio carbono, la primera en nuestro país, para el primer contexto (González, 1956), que debe ubicarse, más o menos en el siglo VIII de nuestra era. Si bien se trata, hasta ahora, de la única muestra analizada y por eso no puede dársele un valor absoluto, daría la impresión de que rejuvenece mucho a la etapa Aguada, o dicho en otros términos, que deja un margen muy estrecho al desarrollo posterior, hasta la llegada de los Incas. El dato, valioso sin duda, merece ser tenido en cuenta. Si se confirma, demostraría no sólo la juventud de estas culturas sino también la rapidez de su desenvolvimiento. Con todo, pensamos que esa fecha debiera correrse hasta los siglos IV y V.

Para concluir con esta revista de los antecedentes más significativos, a nuestro juicio, sobre la cronología de las altas culturas de la Argentina nos referiremos brevemente a un trabajo sobre las civili-

zaciones prehispánicas de América aparecido el año pasado (Canals Frau, 1955). Agrupa nuestro autor a las culturas americanas anteriores a la conquista en formativas, clásicas, últimas realizaciones y civilizaciones periféricas, apreciando la iniciación del primer estadio en 1.200 años antes de Cristo (p. 83). Aunque de carácter muy amplio, trata en cierto modo nuestro tema y por eso, hacemos notar una al parecer irreductible posición con relación a la aparición de la cerámica pintada. Canals Frau da por sentado que siempre la cerámica incisa la ha precedido en el orden de las adquisiciones culturales (cf.: González, 1955, p. 15). Como lógica consecuencia, en su *Cultura de los Barreales*—formativa— no entra el estilo Ciénaga Policromo, que ubica en un estadio posterior. Luego da su contexto para “la más antigua civilización del noroeste” (p. 92).

No es ocasión de analizarlo detalladamente, de modo que dejaremos por ahora la crítica de sus “rasgos megalíticos” o sus “Kalassasaya”. Dice además, (p. 93) que la cerámica pintada es “continuación” de la incisa y coloca al Ciénaga policromo como nueva invención del segundo período en el área cacana, donde constituye lo más antiguo de la etapa clásica (p. 500) sin adjudicarla a contexto alguno. En este mismo período llegan otras influencias y hay culturas que participan de rasgos andinos y de rasgos amazónicos. No desarrolla en esta oportunidad Canals Frau sus ideas de 1953; se extiende en el contenido de las culturas (p. 506 y ss.), pero sin mencionar cronología y atribuyendo a los gentilicios indígenas históricos el contenido arqueológico resultante.

Hasta aquí, la revisión de fuentes concretas sobre el problema “cronología” en la arqueología de las altas culturas argentinas. Veamos ahora qué sugiere su valoración en relación con los resultados.

VALORACION E INTERPRETACION

Tal como se presenta la cuestión cronología en los antecedentes bibliográficos más arriba mencionados consideraremos que deben distinguirse en ella dos aspectos dignos de especial interés: A) la vinculación de las culturas argentinas con las del Perú, y B) la cronología propiamente dicha. Ambos han sido esgrimidos por los especialistas sin la discriminación necesaria para un recto planteamiento del problema. Por eso, consecuentes con esa línea de razonamiento, intenta-

remos a continuación arrojar un poco de luz sobre tan espinoso asunto.

A) El consenso casi unánime de los estudiosos admite tradicionalmente la existencia de un área de cultura andina en nuestro país, pero esa unanimidad desaparece cuando se trata de especificar su extensión o sus grados. Los pueblos de cultura andina son agrupados teniendo en cuenta sus bienes patrimoniales, pero no siempre se indica cuáles de esos bienes son andinos en general, cuáles son peruanos, cuáles son incaicos, cuáles pertenecen a esa categoría especial de bienes originariamente andinos que llegaron al país después de una profunda metástasis sufrida en la llanura y cuáles pueden haber sido de origen amazónico. En esas condiciones, el origen de las civilizaciones del noroeste ha seducido a los etnólogos desde el comienzo de la ciencia etnológica en la Argentina y las más variadas suposiciones han sido elaboradas al respecto.

Boman, atraído por el brillo de la civilización peruana del último momento se constituyó en acérrimo defensor de ese origen. Acumuló los tesoros de su magnífica erudición para tal fin y considerando probada históricamente la dominación del noroeste por los Incas, afirmó que la cultura de este sector de nuestro territorio provenía de ellos. Sin embargo, Ambrosetti (1899), años antes, con su habitual genialidad, había preconizado para la civilización calchaquí un origen extraño e independiente del Perú, aunque considerando a los calchaquí como únicos autores de todos los restos hallados en tan amplia zona.

El desarrollo de las investigaciones arqueológicas en el Perú amplió el panorama permitiendo un estudio más detallado de las posibles vinculaciones. Uhle distribuye las alfarerías, de uno y otro lugar según tres períodos que ya hemos mencionado, relacionando el primero con protonazca y protochimú, el segundo con Tiahuanaco y el tercero con los Incas. Luego de la crítica de Boman, no sólo los relaciona, sino que admite la derivación de las culturas argentinas a partir de las peruanas. Debenedetti (1912), por su parte, cree encontrar rastros de la cultura de Tiahuanaco en todo el noroeste, influencias directas que habrían llegado también por vía directa.

La vinculación de lo diaguita con lo peruano fué a partir de entonces uno de los temas más atrayentes. Se buscaron cada día nuevas analogías y Levillier (1926), ordenando argumentos ya conocidos (Joyce, 1912, p. 183; Means, 1917, p. 371; Boman-Greslebin, 1923,

p. 53) establece la relación del draconiano con otro centro peruano: Recuay. En efecto, su comparación con ilustraciones de Tello (1923) impresiona como convincente en cierto grado. Nuevas analogías van abriendo nuevas posibilidades. Las culturas del noroeste entroncan cada vez más y más en el complejo andino, pero siempre referidas al Perú. Una sola tentativa (Wagner, 1934) pretendió dar a una de ellas trascendencia mundial, pero la reacción científica no se hizo esperar, oportunidad que aprovechó Serrano (1938) para ocupar su posición en el asunto. Con este autor llegamos a un planteamiento que amplía en mucho la visión de sus predecesores. Para Serrano, resulta evidente la vinculación de la arqueología Diaguita con ciertos elementos de Ecuador, Panamá, y Centro América; en éstos “han prendido”—para usar sus palabras—las culturas argentinas, unas directamente, otras indirectamente. La idea de Serrano es de gran aliento.

El origen de nuestras culturas andinas trasciende así el Perú llegando hasta Ecuador y Colombia. Entramos así en una concepción de lo andino de mayor amplitud que Imbelloni (1941) vuelve a retomar y nosotros hemos puntualizado en otra oportunidad (Lafon, 1955). Es más, autores recientes (Bennet y otros, 1948; Bennet-Bird, 1949, p. 90) han asignado a las culturas argentinas un desarrollo independiente durante largo tiempo y no una mera dependencia del Perú.

A nuestro parecer, éste debe ser el planteo de las vinculaciones continentales de las culturas argentinas: no sólo con el Perú sino con toda la cultura andina de América del Sur. Es admisible la existencia en el noroeste de una serie de rasgos que denotan la presencia de un fondo común, que entronca en nuestra concepción de lo andino *lato sensu*, cuya existencia abarca Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela con proyecciones de amplia magnitud. ¿En qué consiste ese fondo común? En un conjunto de bienes patrimoniales cuya extensión no conocemos ni tampoco su origen exacto, pero quizá puedan adscribirse a él figurinas arcaicas y derivadas, las urnas androprosopas y las urnas antropomorfas del noroeste que forman un todo, sin duda con bienes semejantes a los de aquellos países citados más arriba.

A esta altura de nuestra exposición no podemos menos que preguntarnos qué diferencia existe entre este viejo *substratum* panandino, cuya existencia venimos de postular y lo que Serrano (1952) llama “cultura básica general” o simplemente, “cultura básica”. Hay entre

ambos una cierta analogía pero están concebidos en otros términos. Para Serrano la cultura del noroeste es una unidad dentro de la gran cultura andina, semejante a la peruano-boliviana o a la colombiano-ecuatoriana; por diversas razones cada manifestación cultural adquirió fuerte personalidad y surgieron entidades diferenciadas como Nazca y Barreales. Nosotros, en cambio, pensamos en un sólo *substratum* panandino común, que luego florece por influencias diversas de tal modo que recién entonces se puede hablar de “unidades” de la cultura andina. Dicho en otros términos, resultado de ese florecimiento serán las áreas de “co-tradición” (Bennet, 1948) de los cuales el noroeste es un ejemplo claro.

Así encarada la nueva presentación queda pendiente una cuestión de suma importancia que es el camino seguido por aquellas corrientes culturales y su ubicación en el tiempo. Lógicamente la vía directa, siguiendo el macizo andino, fué la que impresionó desde un principio. Era la más simple y la que menos comprobación necesitaba porque se adecuaba a la línea del menor esfuerzo que ha guiado la migración de los grupos humanos. Pero hay otro camino, que no por indirecto — y a veces complicado — ha tenido menos importancia para permitir la llegada de influjos andinos, camino que ya hemos insinuado al hablar de la vivificación de los elementos andinos de la hoya amazónica.

Esta línea de fuerza importantísima vendría desde el norte del continente, de los Andes colombianos, pasando por la floresta amazónica donde adquirió caracteres nuevos, para llegar finalmente a nuestro país luego de recorrer los valles fluviales de Bolivia. Esta vía indirecta fué presentada por Nordenskjold (1930), luego olvidada y pacientemente retomada por Imbelloni (1950-1951) como declaración de principios frente a una interesante controversia surgida a raíz de la importancia que debe asignarse a lo andino y lo amazónico en la integración cultural del noroeste. Lo andino no debe referirse únicamente a elementos de la alta montaña, sino también a aquéllos de ese origen que sufrieron un reflorecimiento en la llanura y luego continuaron su camino hacia el Sur.

No significa nuestra posición, desde luego, una negación absoluta de influencias amazónicas, visibles en ciertos sectores como Candelaria (Ryden, 1936) o Santiago del Estero (Hauenschild, 1949), pero no creemos que su importancia sea tanta como pretende Ibarra Grasso (1950), aunque el origen de alguna cerámica pintada pueda asimi-

larse a ellas (Serrano, 1953) como el caso de los estilos Yocavil Policromo y Cóndor Huasi clásico.

Resumiendo, proponemos para el noroeste una unidad cultural de origen andino, basada en un patrimonio inicial panandino, que floreció luego con diversa intensidad ante la llegada de corrientes culturales procedentes del Norte, a las que deben agregarse otras de origen amazónico, dando por resultado el mosaico de culturas que hoy conocemos. Estas influencias llegaron unas por vía directa, otras por vía indirecta, con intensidades diversas y en momentos también diversos. Sobre esta base aceptamos en términos generales la clasificación de Halavecino (1948) cuando habla de "grupo andino y subandino" pero con alguna salvedad. En el caso especial de Córdoba no pensamos en una "aculturación posterior" o "pauperización de un grupo humano" sino en un centro al cual aquellas influencias no llegaron a fecundar el campo existente; la Candelaria y la cultura chaco-santiagueña serían una muestra del fuerte impacto amazónico del noreste y de los pueblos vecinos del litoral (alfarerías gruesas).

Una palabra más en torno a nuestra argumentación: es débil, pero tan fuerte como las demás, puesto que todas las vinculaciones hasta ahora propuestas han descansado casi exclusivamente en la comparación de caracteres ceramográficos y todos sabemos lo inseguro de los resultados cuando se analiza un sólo elemento, aun dando por sentado que sea el más representativo. Pero basados en el sólo análisis de ese material, no creemos haber encontrado nada que pruebe una derivación directa o contemporaneidad con ningún lugar, etapa o cultura peruana, salvo el horizonte incaico. Las sugerencias, semejanzas o aire de familia que reconocemos a veces en ciertas formas o estilos deben adjudicarse a meras afinidades estilísticas, producto de un patrimonio inicial que evolucionó luego bajo la acción de fuerzas distintas, en momentos también distintos.

Henos aquí, sin habérselo propuesto, utilizando un concepto abstracto nuevo: "afinidades estilísticas". En rigor de verdad, es nuevo en cuanto al sentido castellano que le hemos asignado. En ella englobamos todo lo que Collier (1948) reuniera bajo el rótulo *peruvian stylistic influences* en Ecuador. Y hemos tomado el caso de Ecuador porque salta a la vista que el fenómeno ha sido semejante aquí y allá.

El amplísimo campo virgen que todavía no ha sido hollado por los etnólogos abarca infinidad de aspectos a cual de ellos más promi-

sorio. Si dirigimos la mirada hacia la metalurgia, comprobamos que es necesario adjudicarle un lugar de excepción por la abundancia de objetos y por su unidad ergológica y si bien los estudios especializados sobre esta industria en nuestro país no son muchos, permiten obtener una idea aproximada de su valor.

Los artefactos son de neta ascendencia andina, preferentemente peruana (cf. Schmidt, 1929, p. 369-70, 372-3, 383, 388, etc.; Baessler, 1906, *passim*). La presencia de elementos peruanos y su mayor o menor frecuencia fué tabulada por Nordenskjöld (1921, pp. 48-69) y de ese cuadro se desprende que el sello de especialización local está dado por discos y placas. Becker (1946) demostró la afinidad estilística en Recuay y Tiahuanaco. Todo parece indicar una industria con caracteres propios, influida poco antes de la conquista por la expansión incaica, cuyo origen debe adscribirse sin duda al centro metalúrgico del altiplano Perú-boliviano y no al colombiano-ecuatoriano.

Dignos de especial atención deben ser los "restos megalíticos" de Tucumán. Tan particulares son que no pueden referirse a ninguna otra zona del país; la falta de otros elementos a ellos asociados impide hasta el momento su atribución a ninguno de los grupos prehispánicos conocidos hasta la fecha, y para más, su aspecto exterior habla en favor de cierta antigüedad. Interpretado a la luz de nuestras ideas directrices constituirían un eslabón más de la cadena que viene desde San Agustín, continúa por la costa de Ecuador, se reconoce en Chavín y Aija, alcanza esplendor en Tiahuanaco y se vislumbra en los de Tafí.

Un desarrollo independiente, diacrónico, explicaría las afinidades a partir de un *substratum* inicial común.

Otros sectores del patrimonio indígena prehispánico de la Argentina, hacen más evidente la falta de estudios especiales. El arte textil espera todavía a su especialista. Lejos del adelanto de los Andes Centrales nos encontramos, a estar de lo que sabemos, con un grado distinto de desarrollo, al servicio de otras finalidades (cf. Steward, 1949, p. 714). La agricultura, con magníficos exponentes de construcciones técnicas como Coctaca y Alfarcito tiene rasgos típicos que mucho distan de los andenes peruanos del Norte, no así las especies cultivadas, todas de origen andino y amplia difusión. (Cf. Parodi, 1935). Y así podríamos continuar, pero no es esa nuestra finalidad. Basta para comprender que queda mucho aún por hacer.

Nuestra interpretación del problema no pretende sentar una base incommovible, sino una hipótesis de trabajo que tiene al menos una ventaja: manejar categorías de mayor amplitud que proporcionarán mayor exactitud a la valoración de los patrimonios.

B) El segundo aspecto, la cronología propiamente dicha, ha sido aún menos trabajado que el anterior. La falta de estudios estratigráficos, reemplazados por elaboraciones teóricas, que no siempre han valorado en su debida magnitud los elementos de juicio disponibles, ha conspirado contra su perfeccionamiento. En principio, parece desprenderse de los testimonios citados al comienzo de esta exposición que las conclusiones de este tipo de síntesis debieran agruparse según dos tendencias, una que parte de la suplantación, y la otra, de la yuxtaposición de culturas. Pero ninguna de las dos ha especificado con claridad sus argumentos probatorios.

Entendemos que la ubicación temporal es indispensable para la complementación de todo conocimiento histórico y que en el campo de nuestra ciencia debemos conformarnos, salvo excepciones con una cronología relativa como la que puede proporcionarnos el método estratigráfico. Pero como en la arqueología del país esta vía de acceso está ausente poco menos que totalmente, nos hemos visto obligados a utilizar para el logro de aquellos fines otros métodos concurrentes como el tipológico, el estilístico, o el de las confrontaciones históricas cuya aplicación está condicionada, a menudo, a factores personales. De ahí nacen la imperfección, la vaguedad, y muchas veces, la oscuridad de nuestros estudios cronológicos que, salvo el caso de González (1955), no fijan su campo preciso ni limitan su extensión.

Uno de los factores no debidamente considerados en este tipo de especulaciones es la valoración de ciertos mojones indicadores que deben ser considerados como términos *a quo*. Conocemos con exactitud dos momentos que, no por poco separados, son menos importantes para la ubicación cronológica de las culturas del noroeste: la llegada de los españoles y la penetración cultural incaica.

Ninguno de los dos ha sido explotado con intensidad sino utilizados de manera muy general, sin discriminar con exactitud la potencia de su influjo. Dando por sentado que pocos años los separaban y que en términos de cronología absoluta poco importan un par de siglos más o menos, se redujo su valor a una mera cifra apreciativa colocada a la izquierda de los cuadros sinópticos. El camino a seguir, a nuestro juicio, debió ser más cuidadoso. Los esfuerzos debieron diri-

girse hacia la más exacta ponderación de la importancia de ambos acontecimientos, hasta ahora no bien comprendidos. Por un lado, comprobar los grados de intensidad del horizonte incaico en esos mismos lugares. Recién entonces intentar la integración de los contextos culturales definitivamente preincaicos.

Esta posición presupone estudios arqueológicos coloniales y también hispano indígenas, aspectos descuidados, pero muy significativos (Cf. Debenedetti, 1921; González, 1949; González, 1955; Reichlen, 1948, p. 155-6). La trascendencia de este sector de la arqueología en el futuro puede ser adivinada a través de la polémica sobre las ruinas de Cayastá. En él es donde, con justicia, las fuentes históricas pueden y deben poner en evidencia su valor como auxiliares de la arqueología y no en otro. En cuanto a la apreciación de los grados con que la civilización incaica modificó o influyó en las culturas argentinas no hemos avanzado mucho más allá de reconocer en términos muy amplios, su acción. No es el caso de probar una denominación política o una sujeción, más o menos impuesta, a los soberanos del Cuzco, sino de reconocer la intensidad de los influjos culturales o artísticos cuya presencia no puede negarse y cuya diferenciación trae aparejados también matices cronológicos.

Sobre este interesante tópico corresponde a Bennet y sus colaboradores (1948, p. 17-18 y 144) el planteo más claro, en lo que se refiere a las evidencias arqueológicas, distinguiendo dos momentos distintos, la ocupación militar y la previa influencia cultural. La presencia de estilos locales de filiación incaica en algunos sectores y su ausencia en otros, prueba también una diferencia cronológica no despreciable. La continuidad hasta el momento incaico de algún estilo, como el Santamariano, demostrada estratigráficamente, no ha sido explotada como es debido. La posibilidad de alguna transculturación de segundo grado (Lafon, 1956) que pudo haber sido contemporánea, o aún posterior a la conquista, debe ser tenida en cuenta. No serán vanos los esfuerzos que tiendan a completar este conocimiento partiendo de la base que el núcleo a todas luces más incaizado pertenece a la Paya y sus alrededores (Ambrosetti, 1907; Difrieri, 1948). Se impone también una revisión de aquellos yacimientos que han sido objeto de meras comunicaciones (Difrieri, 1956) o informaciones periodísticas y desprenderse del prejuicio de las fuentes históricas que tanto ha obstaculizado el progreso de la arqueología sudamericana.

Podrá objetarse que no vale la pena entrar en tanto detalle técnico

para abarcar un par de siglos, pero entendemos que es imprescindible necesidad para poder trabajar con cierta seguridad puesto que no a todas partes llegaron los ecos de la cultura incaica ni con la misma fuerza.

La compaginación cronológica de aquellos contextos que no exhiben elementos incaicos o incaizantes fué más del gusto de los especialistas que, según hemos visto en la revisión de antecedentes bibliográficos, han propuesto distintas soluciones con fortuna variable según los casos. De ellos analizaremos dos únicamente por ser los más recientes y de mayor enjundia.

Serrano (1953) representa gráficamente la ubicación temporal de los distintos estilos que identifica previamente.

De sus consideraciones se desprende la contemporaneidad en la mayor parte del desarrollo de las culturas del noroeste, a partir de la cultura básica. Mantiene la perduración del Santamariano y Barreales hasta la conquista, opinión que debe abandonarse según los últimos datos (González, 1956). Subsiste alguna oscuridad. La ordenación se hace confusa a veces por el manejo de categorías de contenido distinto, según sean estilos o culturas. Duda en la atribución de fechas para la extinción del período incaico entre 1536, pasaje de Almagro a Chile, o 1543, entrada de Diego de Rojas, lo que no tiene razón de ser. Un acontecimiento de esta índole no ha debido alterar mucho una corriente cultural. La cultura básica, luego del aporte de los pueblos aruacos se estructura en culturas locales como consecuencia de una topografía singular. Una compenetración posterior inicia un proceso de unificación que es interrumpido por incas y españoles, compenetración que explicaría la contemporaneidad en gran parte del desarrollo cultural. Este esquema recuerda mucho al Perú, como si aquí hubiera ocurrido un proceso semejante retardado o inconcluso debido a la irrupción de otras culturas. Da la impresión que la importancia que asigna a la parte histórica, en el uso de gentilicios y atribución de restos arqueológicos, fuera algo exagerada. Desde el punto de vista ceramográfico valiosa es esta contribución. Se nos ocurre que quizá haya que variar algún concepto en el estilo denominado Valle Arriba. Guachipas policromo se aleja mucho del Santamariano y habría que verlo a la luz de los rastros de Aguada o Ciénaga que aparecen en esa parte del valle Calchaquí.

La cronología relativa de González (1955) para el valle de Hualfín, aunque más reducida, es hasta el momento el andamiaje más sólido,

la secuencia más extensa que conocemos, que descansa sobre premisas metodológicas de no poco valor probatorio.

Su claridad, como ya hemos hecho notar, radica en la definición de contextos culturales precisos, aunque carezca de pruebas estratigráficas absolutas para todos los períodos. También la extensión de la secuencia al resto del noroeste está dentro de lo admisible y lógico. A continuación veremos qué reflexiones nos sugiere cada uno de sus momentos. Un período colonial aparece representado en varios yacimientos y un período hispano indígena se insinúa claramente definido en su duración hasta la segunda mitad del siglo VII mientras los habitantes del lugar estuvieran en estado de colonos. Son períodos distintos que necesitan elaboración, pero cuya existencia no puede negarse.

De los contextos siguientes se desprende una clara diferencia temporal que en términos de patrimonio deben reducirse, según nuestra apreciación, a dos grandes unidades, Belén, en sus contextos I, II y III, constituiría una cultura que en su fase final de desarrollo recibió el impacto incaico; Aguada, Ciénaga I, y Ciénaga II representan en cambio otra cultura cuyo momento inicial no aparece indicado. La riqueza del contexto Aguada y su perfección sugieren una culminación, un climax de conocimientos técnicos y no una base inicial. Sobre esta suposición es que pensamos en llevar más atrás, a los siglos IV ó V, la iniciación de esta cultura; así la fecha del carbono radioactivo, siglo VIII, estaría bien cerca de la realidad.

¿Dónde buscar el origen de esta cultura compuesta por los contextos Aguada y Ciénaga? Una posibilidad es que su origen caiga fuera del ámbito objeto de la preocupación de González. Quizá debamos ir a buscarlo en la región meridional de Tucumán y a Salta, donde la cerámica incisa primitiva reconoce un potente centro de dispersión, que hasta podría ser un origen común para el tipo Barreales y Candelaria. La que conocemos como propia de este lugar, conservó sus caracteres de primitivismo, extinguiéndose antes de la Conquista y, tal vez, antes del esplendor incaico, que se reconoce en zonas tan marginales como ésta, con claridad manifiesta, como en Iruya.

Sobre esta hipótesis se plantearía una nueva interpretación del contexto de Cóndor Huasi al que González reconoce vinculaciones con Candelaria (González, 1955, p. 25) y respecto de cuya ubicación cronológica tiene dudas. No conocemos el manuscrito de González sobre esta cultura, pero sí su centro de irradiación es también el que nosotros

pensamos, eso explicaría que su influencia visible apenas en Aguada y Ciénaga, se hiciera notable tardíamente, recién casi al comienzo de Belén. Originariamente, habrá sido contemporánea de la fase inicial de la Aguada y su fuerte irradiación posterior llevó a González a ubicarlo después, engañado por la frecuencia de rasgos de ese origen en momentos lejanos.

Así encarada esta secuencia no disminuye su eficacia sino, por el contrario, la aumenta, al extenderla hacia regiones marginales como Candelaria. El hallazgo de una urna San José es este lugar (Ryden, 1956) daría la fecha tope para esta cultura.

Una hipótesis del tenor de la que proponemos requiere un estudio más cuidadoso, pero la exponemos simplemente como un fruto del trabajo que comentamos, una sugestión para los estudiosos que serán los encargados de someterla a comprobaciones más rigurosas.

La extensión teórica de esta secuencia al estudio de la cultura chaco-santiagueña abre más el campo de sus posibilidades al prestarle profundidad temporal, lo que actualiza las conclusiones de Reichlen.

Otra reflexión acude a nuestra mente. Entro las culturas precerámicas fechadas por lo menos en el milenio VII a. C. (González, 1956, comunicación personal) y los primeros estratos con culturas agroalfareras del noroeste, que no deben ir más allá de comienzos de nuestra era (Cf. Menghin, 1952, p. 15), existe un sensible hiatus que habla bien a las claras de una inmensa laguna de conocimiento. La pampa, la patagonia y el litoral esperan a los arqueólogos que descubran y den a la luz el papel importantísimo que cupo a los pueblos cazadores y plantadores primitivos en el poblamiento de América, cuya antigüedad de milenios oscurece un poco la brillantez de las altas culturas que ciega con la policromía de sus vasos los ojos de algunos investigadores. La secuencia de las sierras centrales es prueba palpable.

No incluye González en su cuadro a la cultura humahuaca pese a que la expansión cultural del valle calchaquí parece haber alcanzado aquellas lejanas zonas como lo hacen suponer algunos hallazgos.

En esto sigue la línea general de sus predecesores, cuya mayor preocupación siempre fué el área diaguita.

Nosotros pensamos que la cronología de Humahuaca— aún en germen —puede representar una contribución a la cronología general puesto que hasta ahora estamos girando sobre oleadas culturales venidas del Norte y esa vía geográfica ha de haber sido un camino obligado.

La opinión general admite que los tiempos iniciales de esta cultura caen en tiempos pre-incaicos, sobreviven al Incanato y alcanzan a la época colonial. La fuerza del horizonte incaico no ha sido hasta ahora bien medida, existiendo diversas hipótesis hasta el momento (Lafon, 1955) y un período hispano indígena es insinuado por algunos restos representativos (Debenedetti, 1930).

La antigüedad de la cultura humahuaca, en cuanto pre-incaica, no ha sido fijada. Diferencias de varios yacimientos observados por algunos autores (Dillenius, 1915; Debenedetti, 1918; Serrano, 1941) conceden virtualmente mayor antigüedad a la Isla y Alfarcito. Esto llevó a Bennet y sus colaboradores (1948, p. 42) a suponer la existencia de una *Middle Culture* representada por los estilos Isla Policromo y Alfarcito Policromo. Casanova (1950, p. 57) sin mencionar directamente a Bennet, se resiste a aceptar dos culturas y admite dos fases cronológicas. Esta posición referida directamente a ese autor, fué sostenida por Casanova y nosotros (Cf. Schaedel, 1953-54, p. 286) en una reciente reunión de arqueólogos. La continuidad histórica de la cultura humahuaca no puede cuestionarse; los estilos cerámicos son distintos, es verdad, pero los restantes aspectos fundamentales no cambian como para hablar de dos entes distintos.

También en este caso especial carecemos de prueba estratigráfica y quedamos a merced de correlaciones tipológicas que de ninguna manera nos llevan muy atrás en el tiempo. Cuando mucho a lejanos epígonos de Tiahuanaco o a Churajón. Esta suposición sería complementada por el hallazgo de piezas calchaquí (Debenedetti, 1930, p. 10) susceptible de ser ubicada en el Santamariano final.

Si de las correlaciones extraargentinas se trata, no estamos tampoco muy en claro aunque sea la Quebrada una de las regiones que se tienen por mejor conocidas. Forma parte, sin duda, del gran sistema de culturas andinas, pero se presenta a veces con ciertos caracteres *sui generis* que no han sido deslindados. Debenedetti (1910) ya pensaba que la cultura en cuestión llegó evolucionada, pero no nos dice de dónde; Salas (1945, p. 266) la supone orientada más hacia el Norte y el Oeste; Bennet (1948) no incluye a Jujuy como formando parte del área de co-tradición del noroeste y finalmente, Ibarra Grasso (1950, p. 17) dice que la decoración de la cerámica humahuaca es igual a la guaraní.

Parece haber un extraño acuerdo en reconocer a esta cultura ciertos rasgos que la diferencian un poco del resto de las culturas del

noroeste más evolucionadas. Da la impresión de una cuña cuyo extremo no va más allá de la ciudad de Jujuy y cuya base no sabemos dónde está. Una vez más debemos dirigir la vista a la región sudoriental de Bolivia y recordar los grandes movimientos de pueblos que alcanzaron el extremo norte de nuestro país como los chané y chiriguano. ¿No serán estos pueblos los que han dado un sello especial a esta parte del sistema cultural andino? El entierro en las habitaciones puede dar un hilo conductor. Contactos de esta especie no han sido investigados, ni medidos y aún, su importancia ha sido descuidada (Casanova, 1950, p. 37).

Esta es nuestra valoración e interpretación del estado actual de la cronología arqueológica del noroeste. Su puesta al día supone también una serie de reflexiones acerca de planteos metodológicos que nos sugieren los distintos enfoques del problema, que serán el tema de la parte final de nuestro esfuerzo.

CONCLUSIONES

La reducida amplitud, las discrepancias y, hasta cierto punto, las contradicciones que se ponen de manifiesto en la consideración y comprensión del origen y cronología de las culturas del noroeste argentino, a nuestro juicio, reconocen como causas una serie de razones que han tenido influencia diversa según el momento y que a continuación intentaremos reseñar:

- a) El mosaico de culturas que encontraron los españoles a su llegada y que reflejaron en sus crónicas, no siempre fué comprendido en su verdadera magnitud, pues se trataba de gentes que no tenían una preparación adecuada y que tuvieron al Perú como punto de referencia, cuyas maravillas obscurecieron nuestras culturas.

A este defecto inicial se debe también la flaqueza de las conclusiones de aquellos especialistas que han querido a todo trance explicar la realidad arqueológica por la fuente histórica, olvidando que multitud de restos prueban una profundidad temporal que mal pudo haber reflejado el escritor del siglo XVI. Esta última aseveración es una premisa generalmente aceptada, pero muy a menudo olvidada. Bienvenido sea el dato histórico o bibliográfico, pero la arqueología no es sólo

eso. Nunca la erudición en esos campos debe obstaculizar el conocimiento arqueológico puro, confundiendo "la arqueología con la exhibición de papeles viejos" (Vignati, 1927, p. 105).

- b) La posición de muchos de los estudiosos de la época romántica que por deficiencias de escuela en ocasiones sólo buscaron dar a conocer las más bellas piezas, y, otras veces, cuando llegaron a la interpretación, lo hicieron a la luz de los mitos peruanos, de los datos de los cronistas o de las analogías lingüísticas. Mucho debemos, es verdad, a los grandes precursores; muchas intuiciones geniales que todavía hoy nos asombran, pero también no pocos errores que todavía entorpecen el adelanto de nuestra ciencia.

Todas las disciplinas reconocen en sus orígenes a esos precursores que llenan las páginas iniciales de la historia de la ciencia. Pero cuando ésta adquiere caracteres de tal, cuando se fundamenta la metodología, cuando la perfección científica no autoriza ya la pura especulación, cuando los antecedentes son tantos que ya no es posible ignorarlos, se hace necesaria la presencia del investigador de escuela, con sólida preparación, con experiencia aquilatada y con amplio bagaje de conocimientos que en lugar de coartar aquellas geniales intuiciones, las encaucen por rutas menos expuestas a desviaciones.

- c) La posición de algunos especialistas de la segunda época que iniciaron sus trabajos con ideas preconcebidas, exhibiendo sólo aquellos datos o pruebas que les eran favorables o silenciando los adversos y que, a veces, se embarcaron en enojosas polémicas personales. De estas discusiones no salió nunca la anhelada luz, sino el pálido brillo de la erudición usada por sí misma. El desmedido personalismo en la interpretación de algunas cuestiones convirtió a veces la vigorosa lid científica en lucha de pioneros que defendían el lugar conquistado a sangre y fuego. Esto, como es lógico, resintió con cierta frecuencia la solidez de los argumentos o la veracidad de las pruebas, con natural desmedro para la interpretación total de la verdad científica.
- d) La posición de muchos autores de la tercera época, que dura todavía, que concitaron sus esfuerzos en la parte puramente descriptiva. Es evidente que, salvo honrosas excepciones, la

literatura arqueológica nacional de los últimos treinta años se resiente de abundantes sí que minuciosas descripciones, útiles, es cierto, pero que no hacen mucho al contenido de fondo ni a las conclusiones. Ni siquiera nosotros, convertidos en censores por azar de la investigación, nos hemos librado de esta corriente en nuestras primeras incursiones por el campo de la bibliografía.

- e) En cuanto a la manera de encarar específicamente el problema de las vinculaciones de las culturas del noroeste, ha habido casi constantemente una especie de tácito horror de contemplarlo con perspectivas continentales, pese a que cuando así se hizo, produjo brillantes resultados, como lo prueban las hipótesis de Serrano o Imbelloni. Además, como ya lo hemos destacado en su oportunidad, las correlaciones se han establecido siempre teniendo en cuenta un sólo elemento, la cerámica. Y ya sabemos cuál es el valor de esta prueba, máxime que la cerámica del noroeste parece haber tenido posibilidades de mayor desarrollo y quedó, sin embargo, en un estado anterior (Willey, 1949, p. 153 y 55). No insistiremos en esta cuestión porque lo hicimos páginas atrás.
- f) Si de la cronología propiamente dicha se trata es visible que ha sido el punto débil de los estudios arqueológicos del noroeste. No contamos todavía con un panorama general que nos permita vislumbrar con perspectiva histórica aquellas culturas. A no ser en monografías recientes, no aparecen contextos culturales definidos, ni seriaciones de yacimientos, ni asociación o tabulación de materiales, informes de primer agua para la exacta ubicación temporal de cualquier pueblo. Da la impresión de que resulta muy difícil desprenderse de ciertos prejuicios que no hacen sino entorpecer la investigación. Decimos esto porque de ninguna manera puede alegarse ignorancia cuando se trata de etapas metodológicas conocidas desde hace más de veinte años.

Todas nuestras reflexiones anteriores caen dentro del campo de la metodología y esto constituye un serio llamado de atención. ¿Será coincidencia o consecuencia de fallas de esa índole? Nos inclinamos por lo segundo. El olvido de ciertos principios del método es lo que

ha impedido el adelanto de nuestra arqueología, de nuestra etnología y, en general, de nuestras ciencias del hombre.

Pensamos que la tremenda responsabilidad de la actual generación de investigadores debe ser la fundamentación metodológica de nuestras disciplinas, vale decir, una renovación y puesta al día totales, en pos de una superación que es imprescindible alcanzar.

¿Cómo llegar a este desiderátum? Mediante un total aprovechamiento y adaptación *a nuestros problemas* de los últimos adelantos técnicos de los países más evolucionados, no por la técnica en sí, sino por lo que ella pueda contribuir a los últimos fines de una ciencia que aspira a reconstruir la cultura y las relaciones entre sí de los pueblos extinguidos. El origen y cronología de nuestras culturas arqueológicas para ser dilucidados necesitan fundamentalmente ser encarados según normas metodológicas acordes con la época en que vivimos, si queremos llegar a alguna conclusión valedera.

Así, hemos llegado otra vez a nuestro punto de partida. Con relación al origen de las mencionadas culturas, estamos todavía en pleno período de las hipótesis a demostrar, que lo serán algún día, después de largos estudios. En cuanto a la cronología, con ser importante, no lo es todo. Los cuadros cronológicos que hemos comentado en las dos primeras partes de nuestro trabajo, tal como las magníficas secuencias que conocemos para el Perú Preincaico, constituyen de por sí un gran adelanto. Pero no basta fijar, según un sistema de coordenadas, una cultura, una facies o un estilo, sino valorar su exacta importancia en función de sus correlaciones continentales y extracontinentales. El "dónde" y el "cuándo" sólo deben ser la infraestructura donde se apoye el edificio que la ciencia intenta reconstruir.

Hemos asistido estos últimos años al gran impulso de la investigación arqueológica en ciertas partes de América, como Perú o Centro América, que ha tenido como resultado una proliferación de divisiones y subdivisiones de facies, estilos y contextos que a veces sorprende, porque pareciera que una minimización tal tergiversa un poco la realidad. Mucho deben esas regiones a los especialistas norteamericanos y a todo su bagaje de perfeccionamientos técnicos, pero no debemos olvidar que a menudo la minucia descriptiva, el afán de aislar entidades diferenciadas, lleva a olvidar el todo por las partes. Lejos de nosotros la crítica indiscriminada a la arqueología norteamericana, de la que tanto tenemos que aprender todavía. Sólo queremos poner de manifiesto que no debemos asimilarnos a ella ciega-

mente. Ella ha producido obras como la de Tylor (1948). Nosotros estamos esperando algo semejante para nuestro país. Estamos ávidos de los tan necesarios trabajos de campo, tan perfectos como aquélla los ha logrado con la máxima especialización, pero existe un peligro que nos acecha: reducir nuestra ciencia a "to chart" los resultados de cada yacimiento. (Hawks, 1954). Deseamos para arqueólogos y etnólogos del presente una renovación metodológica que evite errores que pueden ser funestos. En el investigador deben coexistir dos cosas: el artesano, conocedor profundo de su "métier" cuando trabaja en el terreno, y el hombre de ciencia, de amplia perspectiva intelectual, de formación humanista integral, que traduzca el mudo lenguaje de los monumentos a la luz de la historia de la cultura, cuando trabaja en el gabinete. Bien puede guiar la renovación metodológica que auguramos una frase de Schmidt (1949, p. 18), que contiene conceptos que muchas veces se han dejado de lado: "L'etnologia scienza dello spirito, dello spazio e storica".

Museo Etnográfico, noviembre de 1956.

BIBLIOGRAFIA

- AMBROSETTI, JUAN B. 1899. *Notas de Arqueología Calchaquí*, Buenos Aires.
- 1907. *Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya*, en *Publicaciones de la Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras*, n^o 3, Buenos Aires.
- BAESSLER, A. 1906. *Altperuanische Metallgerate*, Berlin.
- BECKER, HANS VON. 1946. *Die Schmuckplatten der Calchaquí*, en *Archiv für Völkerkunde*, vol. I, Viena.
- BENNET, W. Y OTROS. 1948 a. *Northwestern Argentine Archeology*, en *Yale University Publications in Anthropology*, n^o 38, New Haven.
- 1948 b. *The Peruvian Co-tradition*, en *American Antiquity*, vol. XIII, n^o 4, part. 2, Menaska, Ws.
- BENNET, W. C. Y BIRD, JUNIUS. 1949. *Andean Culture History*, en *Handbook series*, n^o 15, New York.
- BOMAN, ERIC. 1923. *Los ensayos para establecer una cronología prehispánica en la región diaguita*, en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, t. VI, Quito (separata).
- BOMAN, E. Y GRESLEBIN, H. 1923. *Alfarería draconiana*, Buenos Aires.
- CANALS FRAU, SALVADOR. 1953. *Las poblaciones indígenas de la Argentina*, Buenos Aires.
- 1955. *Las civilizaciones prehispánicas de América del Sur*, Buenos Aires.

- CASANOVA, EDUARDO. 1930. *El cementerio indígena de Huiliche*, en *Archivos del Museo Etnográfico*, n^o III, Buenos Aires.
- 1950. *La restauración del Pucará*, Buenos Aires.
- COLLIER, DONALD. 1948. *Peruvian Stylistic Influences en Ecuador*, en *American Antiquity*, vol. XIII, n^o 4, part. 2, Menasha, Ws.
- DEBENEDETTI, SALVADOR. 1910. *Investigaciones sobre arqueología de Jujuy*, Jujuy.
- 1912. *Influencias de la cultura de Tiahuanaco en la región del noroeste argentino*, en *Publicaciones de la Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras*, Buenos Aires.
- 1918. *Las ruinas prehispánicas de El Alfarcito (departamento de Tilcara, Prov. de Jujuy)*, en *Publicaciones de la Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras*, n^o 18, Buenos Aires.
- 1921. *La influencia hispánica en los yacimientos de Caspinchango (provincia de Catamarca)*, en *Publicaciones de la Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras*, n^o 20, Buenos Aires.
- 1928. *Relaciones culturales prehispánicas en el noroeste argentino*, en *Physis*, vol. IX, Buenos Aires.
- 1930. *Las ruinas del Pucará*, Buenos Aires.
- DIFRIERI, HORACIO. 1948. *Las ruinas del potrero de Payogasta (provincia de Salta, Argentina)*, en *Congr. Inter. de American*, XXVII reunión, París, 1947. París.
- 1956. *Comunicación presentada en la IX Semana de Antropología*, de la Sociedad Argentina de Antropología el día 23 de julio, Buenos Aires.
- DILLENIUS, J. A., 1913. *Craneometría comparativa de los antiguos habitantes de la Isla y del Pucará de Tilcara*, en *Publicaciones de la Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras*, n^o 12, Buenos Aires.
- GONZÁLEZ, ALBERTO R. 1949. *Notas sobre la arqueología de la Pampa de Olaen (Córdoba)*, en *Notas del Museo de La Plata*, XIV, Antropología, n^o 56, pp. 463-563, La Plata.
- 1955. *Contextos culturales y cronología relativa en el área central del N. O. Argentino (Nota Preliminar)*, en *Anales de Arqueología y Etnología*, t. XI, año 1950, Mendoza.
- 1956. *Comunicación presentada el día 25 de julio de la IX Semana de Antropología en el Museo de La Plata*.
- HAUENSCHILD, JORGE VON, 1949. *Ensayo de clasificación de la documentación arqueológica de Santiago del Estero*, en *Revista de la Universidad de Córdoba*, año XXXVI, n^o 1, Córdoba.
- HAWKS, CHRISTOPHER, 1954. *Archeological Theory and Method: some suggestions of the Old World*, en *American Anthropologist*, vol. 56, n^o 2, part. 1, Menasha, Ws.
- IBARRA GRASSO, DICK, 1950. *Nueva interpretación sobre la arqueología del noroeste argentino*, en *Ciencia Nueva*, año I, tomo 1, n^o 1, Tucumán.

- IMBELLONI, JOSÉ, 1941. *I popoli pedemontani dell'Argentina*, en BIASSUTTI RENATO, *Le razze e i popoli della terra*, vol. III, Oceania-América. Turin, pp. 463-469.
- 1950. *La extraña terracota de Rurrenabaque (N. O. de Bolivia) en la Arqueología de Sudamérica*, en *Runa*, vol. III, Buenos Aires.
- 1951. *Lo andino y lo amazónico en el noroeste argentino. Una interesante polémica*, en *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, t. XIII, 1950, México.
- JOYCE, THOMAS, 1912. *Southamerican Archaeology*, London.
- JUNTA DE HISTORIA Y NUMISMÁTICA AMERICANA, 1936. *Historia de la Nación Argentina (desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1882)*, vol. I. *Tiempos prehistóricos y protohistóricos*, Buenos Aires.
- LAFÓN, CIRO R., 1955. *En torno a la integración de la cultura andina*, en *Runa*, vol. VII, parte I, Buenos Aires.
- 1956. *El horizonte incaico en Humahuaca*. Comunicación presentada en la IX Semana de Antropología, en el Museo de La Plata el día 25 de julio.
- LEVILLIER, R., 1926. *El Perú y el Tucumán en los tiempos prehistóricos*, Lima.
- MEANS, PHILLIP A., 1917. *A survey of ancient peruvian art*, en *Transactions of the Connecticut Academy of Sciences*, vol. XXX, New Haven.
- 1917. *An outline of the culture sequence in the Andean Area*, en *Congr. Intern. de Améric.*, XIX reunión, Washington, 1915, Washington.
- MENGHIN, OSVALDO, 1952. *Las pinturas rupestres de Patagonia*, en *Runa*, vol. V, Buenos Aires.
- NORDENSKJOLD, E., 1921. *The copper and bronze age in South America*, en *Comparative Ethnographical Studies*, n° 4, Goteborg.
- 1930. *Archéologie de la Bassin de l'Amazonas*, en *Ars Americans*, vol. I, Paris.
- PALAVECINO, ENRIQUE, 1948. *Areas y capas culturales en el territorio argentino*, en *Gaea*, t. VIII, Buenos Aires.
- PARODI, LORENZO, 1935. *Relaciones de la agricultura prehispánica con la agricultura argentina actual*, en *Anales de la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria*, vol. I, Buenos Aires.
- REICHLIEN, HENRY, 1940. *Recherches archéologiques dans la province de Santiago del Estero*, en *Journal de la Société des Americanistes*, vol. 32, pp. 133-225, Paris.
- RYDEN, STIG, 1936. *Archaeological researches in the Department of La Candelaria (provincia de Salta)*, en *Ethnological studies*, vol. III, Goteborg.
- SALAS, ALBERTO, 1945. *El antigal de Ciénaga Grande*, en *Publicaciones del Museo Etnográfico*, serie A, n° V, Buenos Aires.
- SCHAEDEL, RICHARD, 1953-54. *Mesa redonda de arqueología argentina*, en *Runa*, vol. VI, pp. 285-286, Buenos Aires.
- SCHMIDT, G., 1949. *Manuale de metodologia etnologica*, Milán.
- SCHMIDT, MAX, 1929. *Kunst und Kultur von Peru*, Berlin.

- SERRANO, ANTONIO, 1936. *Cronología Diaguita* en *Revista Chilena de Historia Natural*, vol. 40, Santiago de Chile.
- 1938. *La etnografía antigua de Santiago del Estero y la llamada civilización chacosantiagueña*, Paraná.
- 1941. *Clasificación de los aborígenes argentinos*, Córdoba.
- 1952. *Los pobladores históricos de la región diaguita*, en *Selected Papers of 29th. International Congress of Americanists*, vol. III, Chicago.
- 1953. *Consideraciones sobre el arte y la cronología en la región diaguita*, en *Publicaciones del Instituto de Antropología de la Fac. de Filosofía y Letras de Rosario*, n° 1. Rosario.
- STEWART, J., 1949. *South American Cultures: an interpretative summary*, en *Smithsonian Institution, Handbook of South American Indians*, Bull. 143, t. V. Washington.
- TELLO, JULIO C., 1923. *Wiracocha*, en *Inca*, vol. I, n° 1. Lima.
- TYLOR, WALTER, 1948. *A Study of Achaeology*, en *American Anthropologist*, vol. 50, n° 2, Menasha, Ws.
- UHLE, MAX, 1912. *Las relaciones prehistóricas entre el Perú y la Argentina*, en *Congreso Internacional de Americanistas*, XVII reunión. Buenos Aires, 1910, Buenos Aires.
- 1923. *Cronología y origen de las antiguas civilizaciones argentinas*, en *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, t. VII, Quito.
- VIGNATI, MILCIÁDES, 1927. *Antropología y Arqueología de los Conchales Fueguinos*, en *Revista del Museo de La Plata*, vol. XXX, La Plata.
- WAGNER, EMILIO Y DUNCAN, 1934. *La civilización chacosantiagueña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo*, Buenos Aires.
- WILLEY, GORDON R., 1949. *Ceramics*, en *Smithsonian Institution, Handbook of Southamerican Indians*, vol. V, pp. 139-204, Washington.